

Pasando por alto



el entender que — minucioso, detallista en extremo y puede que hasta algo proclive a la obsesión como lo era el practicante, que ponía las inyecciones midiendo, con escuadra y cartabón y, porque se dolía de no tener un



sexante, que, si no... Clavando, a la sombra o amparo de tan lamentabilísima carencia, la aguja en cualquier parte pero, siempre, eso sí, dentro de los límites de esa redondez que los mortales corrientes o iletrados solemos denominar simple y llanamente *culo* —, si tanto la suma como la multiplicación de dos guarismos daba cuatro hubiera, indefectiblemente y por más desasosiego o perturbación que en el ánimo alcanzase a causar, que avenirse a que los tales guarismos tendrían que ser, ambos y obligatoriamente 2, habría, por tanto y en consecuencia que, aunque fuese de malísima gana o haciendo de tripas corazón, convenir también en que, por más alentador o reconfortante que pudiera resultar, posiblemente no fuese tanto menos fiable, y merecedor por ende de credibilidad, el aserto de que, si nos aprestásemos a escrutar meticulosamente en los orígenes de lo que don Diógenes diera en, llamando a voces al segundo subalterno para que terciase en la acalorada discusión que se desencadenara por motivo de cuántas manzanas quedarían en un cesto si habiendo este contenido cinco nos comiéramos tres, denominar a un dos no sustancialmente distinto de los dos anteriormente mencionados, multiplicados y sumados, *resto de la operación* y, a uno de los tres o cuatro que allá en el fondo de la clase no atendían porque preferían jugarse a los chinos cuál sería el agraciado con pagar el pato por haber roto de un balonazo los cristales de la ventana del despacho del director, *autor delicti* siempre y cuando que la clase — puntualizó don Sisenio entre rosquilla y rosquilla — estuviera siendo de latín.